Las lecciones de doña Elvira

Genaro Zenteno

A mi abue, in memoriam

A machetazos, un indígena totonaca acabó con la vida del general Raúl González en una ranchería del norte del estado de Veracruz, a principios de la década de los años sesenta. Nunca se supo el motivo del asesinato, salvo que unos momentos antes del ataque a mansalva, varios trabajadores del rancho del militar presenciaron una discusión particularmente agria entre ambos.

Lo que sí se supo más tarde, es que una mujer de más de 60 años, dueña de un rancho cercano al del general González, enterada horas después del ataque, se encaramó en el estribo de un tractor (único vehículo que podía llegar hasta el lugar en el que se encontraba el cadáver) y fue a "rescatar" el cuerpo sin vida de su amigo.

Cuando vio los restos, Elvira de la Fuente, viuda de Bórquez, se estremeció: el hombre, ahora cubierto de sangre por completo, había recibido trece machetazos, varios de ellos en los antebrazos, seguramente porque el general trató de defenderse anteponiendo las manos, y un par en la cara, cruzándole el rostro, en forma de "x", los cuales le ocasionaron la muerte.

Doña Elvira, como todo el mundo la llamaba con respeto, afecto y admiración, se encargó de limpiar al difunto: lo desvistió, lo lavó y lo cubrió con ropa limpia mientras llegaba ayuda del exterior: el hijo del general, las autoridades y varios brazos que finalmente ayudaron a transportar el cadáver, primero a Poza Rica y después a México, para velarlo y darle sepultura.

A nadie que conociera bien a doña Elvira, sorprendió que, sin pestañear siquiera, se hiciera cargo de la situación cuando todo el mundo todavía no alcanzaba a reponerse de la sorpresa de un crimen tan brutal. Ella era dueña de un rancho de cuatrocientas hectáreas que administraba sola en la ranchería de "Palma Sola", dedicada a la cría de ganado vacuno, después de que durante varios años funcionara como aserradero.

Doña Elvira, mi abuelita materna, quedó viuda a los 56 años, pero siguió trabajando y manteniendo su rancho hasta los 82. Madre de cinco hijas, vivió cada día con intensidad y alegría increíbles. Pasó épocas en verdad difíciles: huérfana desde jovencita, viuda por más de treinta años, en no pocas ocasiones debió enfrentar situaciones económicas particularmente duras.

Elvira de la Fuente Sada vino al mundo el 13 de marzo de 1900 en Piedras Negras, Coahuila, un pueblo fronterizo con el texano Eagle Pass:

De este lado de la frontera—me contaba mi abue—veíamos la luz eléctrica de las casas gringas... nosotros tuvimos que esperar muchos años más para tener focos...

Elvira era la décima hija del matrimonio formado por Higinio de la Fuente y Rufina Sada. Su papá era vista de la aduana del pueblo de Porfirio Díaz (nombre al anterior de Piedras Negras) y parecía tener predilección por ella:

"Una noche, mi papá me despertó y me llevó a ver el cometa Halley (era 1910)... fue a la única que levantó entonces, y, curiosamente, soy la única que vivió para ver al cometa a su regreso... (76 años después, en 1986)."

Mi abuelita también tuvo la suerte de conocer a varios personajes que acabarían siendo celebridades históricas. La niña Elvira, por haber aprobado el sexto año de primaria con las máximas calificaciones, recibió un premio del entonces gobernador del estado, Venustiano Carranza:

"Un hombrón grande, altote, con una barba larga, larga... quien la abrazó y levantó en vilo para felicitarla. Pero la niña no estudió más, como se acostumbraba en la época."

En 1911, Elvira fue testigo de la entrada triunfal de Francisco I. Madero a nuestro país, tras su breve exilio en Estados Unidos:

"Recuerdo que Madero, una cosita así, pequeñita, iba subido en una caja, sobre el asiento de un coche, para que alcanzáramos a verlo, y él a vernos a nosotros..."

Cuando tenía quince años, murió su papá (al parecer víctima de una enfermedad fulminante) y a las dos semanas falleció su mamá "porque dijo que ella no quería seguir viviendo sin él".

Las hermanas mayores de mi abuelita se hicieron cargo del resto de la familia, y ella vivió a su lado hasta que en 1922 Elvira se casó con el coronel sonorense Francisco Bórquez, miembro de las fuerzas obregonistas, quien a la sazón estaba acantonado en el destacamento de Piedras Negras.

Ahí empezó la vida nómada de la futura doña Elvira, porque del pueblo fronterizo, el coronel Bórquez fue trasladado a Juchitán, Oaxaca. De cualquier forma, su hija mayor, Aurora, nació en Piedras Negras, a donde regresó apresuradamente mi abue a dar a luz porque, según me dijo sesenta años más tarde: "tu abuelo no quería tener una juchiteca en la familia".

Durante la estancia de mis abuelos en Juchitán, mi abuelita conoció, entre otros, a Lázaro Cárdenas, quien solía jugar ajedrez por las tardes con el coronel Bórquez:

¿Quién se imaginaba entonces que Lázaro iba a ser presidente?

La segunda hija de mi abue, quien llevaría su nombre, nació en Morelia, porque el Ejército había trasladado a mi abuelo para allá. Poco tiempo después, se le ordenó viajar a Sonora, específicamente a Nogales, lugar de nacimiento de la tercera y de la cuarta hijas (Rufina y Marta).

Para ir a Sonora, el destacamento a cargo de Francisco Bórquez tuvo que embarcarse en Manzanillo, pero llegaron tarde a la cita y perdieron el barco, al que tuvieron que esperar durante una semana. En ese periodo, debido a las condiciones insalubres del puerto, absolutamente todos los miembros de la escolta cayeron enfermos de paludismo: la excepción fue doña Elvira, quien cuidó de ellos y se hizo cargo de la situación.

Mi abuelo fue muy cercano al general Álvaro Obregón. Tanto, que durante el que debería haber sido su segundo periodo presidencial, iba a ocupar el cargo de Jefe del Estado Mayor Presidencial. Sin embargo, tras el asesinato del caudillo en 1928 (Obregón iba a ser el padrino de mi tía Marta, pero se tuvo que conformar con ser la ahijada de su hijo mayor por haber nacido dos meses después del magnicidio), mi abuelo tuvo el mal tino de unirse a la rebelión escobarista y, tras el fracaso de ésta, huir a Cuba, donde residió toda la familia durante dos años.

"Si hubieras visto la cara de tu abuelo cuando le informaron de la muerte de Obregón, al hombre se le cayó la cara..."

El general Limón tuvo que interceder ante Calles, directamente, para que se permitiera el regreso de Bórquez al país, gravemente enfermo de pleuresía.

En México, D.F., en 1933 nació la quinta y última hija de mi abuelita (Luisa, mi mamá), pero la familia regresó a vivir durante varios años a Hermosillo. Ahí, doña Elvira, siempre inquieta, no sólo se dedicó a administrar ranchos y a atender tiendas de víveres, sino que se daba el tiempo para hacer obras de caridad y de beneficencia, afiliada al grupo local de Damas Vicentinas, trabajando con gente de escasos recursos y con leprosos.

En 1940, Francisco Bórquez Monzón fungió como jefe de campaña del general Juan Andrew Almazán en Sonora, y debido al hostigamiento que sufrieron por ser miembros de la oposición conservadora, mi abuelita fue a dar a la cárcel, después de hacerse de palabras con funcionarios del gobierno, quienes, además, balacearon las llantas del automóvil en el que viajaban mi abuelita y mi tía Marta. Al llegar a la cárcel, los presos que conocían bien a doña Elvira por sus labores sociales, comenzaron a gritar al unísono: ¡Viva Bórquez! ¡Viva Bórquez! Afortunadamente, no pasó de un encierro de varias horas.

En la década de los cincuenta, la familia de mis abuelos se trasladó a vivir a la ciudad de México. Fue por entonces que el presidente Adolfo Ruiz Cortines ofreció a mi abuelo (lo conoció cuando aquél era pagador de las fuerzas del ejército de Noreste) encargarse de la administración del penal de las Islas Marías. Bórquez, pensando en que tenía puras mujeres en su familia, declinó la propuesta y se quedó sin "hueso"; doña Elvira, al ente-

rarse más tarde del rechazó, se molestó: "¡Pancho, podríamos haber hecho labor entre los presos!".

De cualquier manera, los Bórquez recibieron las tierras en el norte de Veracruz, como una forma de pago a un grupo de varios militares por sus servicios durante la Revolución.

En ese entonces, llegar a "Palma Sola" era toda una odisea: había que recorrer diecisiete kilómetros de brechas entre la selva que debían abrirse con machete cada vez que se transitaba por ellas. Llovía a cántaros, y si la lluvia era torrencial, resultaba imposible entrar o salir. Por supuesto que no había luz eléctrica (tardaría más de veinte años en llegar, y eso gracias a las aparentemente interminables gestiones de mi abuelita y de otro vecino, el general Salvador Morán).

Era increíble ver a mi abuelita en acción en su rancho, porque se iba durante meses enteros a administrarlo. Tomaba su autobús en la capital y llegaba a Poza Rica. Ahí la esperaba su capataz y ella manejaba su camioneta, a toda velocidad, hasta su casa en la ranchería. Supervisaba a los vaqueros y se encargaba de la raya todas las semanas: recuerdo cómo todos sus trabajadores hacían fila para entrar a cobrar y tardaban horas enteras para hacerlo, porque doña Elvira platicaba con cada uno de ellos sobre su familia, el rancho, el tiempo. Las fotos que se conservan de la asociación ganadera local de la época, también son geniales, pues muestran a una señora firme y determinada, entre puros hombres viejos, de sombrero calado y caras adustas.

¿De qué madera estaba hecha Doña Elvira?

Precisamente decidí escribir estas líneas porque nunca he conocido a nadie que le haya tenido más amor a la vida que el que le profesaba mi abue. No obstante las vicisitudes que enfrentó, siempre salió adelante con su empeño, su tesón y una confianza en sí misma a prueba de todo.

Aprendió a sobrevivir y a desenvolverse en un mundo dominado, por completo por los hombres, y aunque lamentó siempre no haber tenido nunca un hijo varón, quiso a sus hijas como a nadie y les ofreció, incluso en vida, los frutos de todos sus años de trabajo y esfuerzo, al grado que al momento de su muerte, a los 92 años, nos legó un patrimonio material considerable.

Pero la herencia que mi abue nos dejó y que más aprecio, está formada precisamente por sus actitudes hacia la vida. A mí por lo menos, me enseñó, entre muchas, dos cosas fundamentales.

Primera: luchar siempre por obtener lo que uno desea; seguir adelante en nuestros empeños pase lo que pase, cueste lo que cueste: al fin y al cabo, su vida, la forma en que actuaba y resolvía problemas, me enseñaron que la verdadera diversión no está sólo en llegar a nuestras metas, sino en disfrutar el camino y los obstáculos que debemos superar antes de alcanzarlas, o incluso si no las logramos.

La segunda: apreciar y aprovechar nuestra existencia, hasta en sus mínimos detalles: una flor en el camino, el cielo despejado o lleno de nubes, los campos listos para ser cosechados, ¡hasta los baches de la carretera de la que no perdía detalle y se sabía de memoria!

Mi abuelita llegó a ser sabia en el arte de vivir no sólo por haber durado tantos años; más bien fue al revés: le ayudó a sobrevivir su actitud siempre optimista, perseverante y férrea. ¡Ya quisiera tener yo la mitad de su carácter para un día de fiesta!

Claro que no todo en mi abue era admirable. Tenía su buena dosis de defectos y toda la familia tuvo sus roces con ella por diversos motivos. La fortaleza de su carácter y su determinación de que todo se hiciera según sus planes y designios, provocaron no pocas desavenencias. Muchas veces llegó a desesperarnos a todos.

Sin embargo, tenía una interminable y admirable capacidad para no guardarle rencor a nadie; increíble, porque hubo gente que no sólo la esquilmó en muchas ocasiones abusando de su buena fe, sino que llegó incluso a lastimarla y en serio. Ella en cambio, perdonó a casi todos en casi todas las ocasiones.

El recuerdo de mi abue es (¡qué duda cabe!) imborrable. El mejor homenaje que se me ocurre brindarle es tratar de vivir como ella y recordar sus lecciones. ♦